



Ética, globalización y sostenibilidad. La ética individual en una economía global

- “Tenéis que redactar un proyecto de futuro para pasado mañana.” Como si eso se fuera a hacer en dos días.
- ¿Qué habrá visto?
- No sé. Leo, ¿qué pasa?
- Nada. Una hilera de hormigas...
- Espectacular. ¿Y cómo llevas el proyecto de futuro?
- ¿El mío personal o el trabajo del insti?
- Pues los dos.
- No tengo claro ni el uno ni el otro. No como estas, que saben perfectamente adónde van.
- Al menos estas no han de entregar ningún trabajo.

Los principales agentes económicos son las familias, las empresas y el Estado. La suma de las decisiones individuales de cada uno de ellos determina la situación económica del país. Así, un país, un continente y el planeta entero dependen, en mayor o menor medida, de nuestras decisiones, de las de todos. Todos y cada uno de nosotros tenemos una parte de responsabilidad ineludible.

En el caso de las familias, todas las personas que la componen, al gestionar su economía doméstica, deciden la distribución de sus ingresos y sus gastos, de su ahorro y de su inversión. En el ámbito de la economía doméstica es importante saber distinguir entre necesidades verdaderas y superfluas, mejorar nuestras capacidades para realizar mejor nuestro trabajo, consumir de manera ética y responsable, planificar un ahorro y una inversión prudentes y contribuir en nuestra medida a los impuestos que el Estado necesita para realizar su función. En el caso de las empresas, las personas que trabajan en ellas toman un sinnúmero de decisiones económicas a diario. Cuanto más capacitadas estén y mayor comportamiento ético tengan, mejores decisiones tomarán, no solo en relación con la empresa sino con todas las personas e instituciones que tienen relación con ella. Las personas que trabajan en las administraciones de Estado y que gestionan el dinero que aportamos entre todos deben ser las primeras en dar ejemplo de transparencia y honestidad. Su reputación ética trasciende al resto de la sociedad. Su responsabilidad es máxima.

- Yo ya tengo mi trabajo...
- Eso, a hurgar en la herida.
- ¿Qué dibujas?
- Son estructuras. Me relaja. A lo mejor podría estudiar ingeniería.
- ¡Toma! Pues no es un mal proyecto de futuro.
- ¡Como cualquier otro! Yo quiero ser artista; Leo, músico, y Adrián... ¿Te lo has pensado ya?
- No, pero tengo clara una cosa. Que haga lo que haga, tiene que encajar en un proyecto que me ilusione y que beneficie a toda la sociedad.
- ¡Bien dicho!
- ¡Bravo!
- ¡Eso es!

El efecto del comportamiento fraudulento de una persona, de una familia, de una empresa o de un funcionario público, aunque pueda pasar inadvertido para el conjunto de la sociedad, en realidad nos perjudica a todos. La economía es una ciencia social. Las relaciones humanas son el objeto



último de su campo de estudio. Por ello, las interacciones económicas que se producen entre las personas no son independientes de sus consideraciones éticas. El compromiso ético de una persona influye, de forma cada vez más reconocible, en la economía en su conjunto.

- ¿Y si me dedico al diseño? Dibujar no se me da mal.
- Lo mío también es el arte. Y el negocio. Puedo ser promotor de conciertos. Se gana una pasta.
- ¡Eh! Estamos hablando de arte y de sueños, no de dinero.
- Una cosa no quita la otra. Yo podría ser médico y recaudar fondos para construir hospitales.
- ¿Y tú, Carla?
- ¿Yo? Seguir soñando para conseguir que todo vaya mejor. Filosofar...
- ¿Te pasas a letras?
- No. Quiero ser economista, que también sueñan.

No podemos esperar que los estados, mediante sus leyes, o las empresas, con sus códigos internos de responsabilidad social, solucionen los problemas éticos de la sociedad. Como decía John Fitzgerald Kennedy “no preguntes lo que tu país puede hacer por ti, pregúntate qué puedes hacer tú por tu país”. El comportamiento ético en la economía empieza por el comportamiento ético de las propias personas, no al revés.